

LIBROS

La subcultura canora

Con la «Crónica sentimental de España», Manuel Vázquez Montalbán inauguró una forma de afrontar los últimos treinta años de historia en España; su aparato histórico, su material y su método no se dirigían hacia el diseño de una historia externa o a la indagación de una historia interna, sino hacia la reconstrucción de las expresiones sociales populares y los resortes sentimentales de una época, para cuyo conocimiento ese material presentaba unas ventajas muy definidas. Reconstrucción; en efecto, se trataba de redefinir una situación a través de unos arquetipos populares en los que la vivencia de la coyuntura se mostraba con su sabor más peculiar. El humor, en su sentido más noble, refrenaba el patetismo que pudiera enturbiar una aproximación serena y lúcida; la sensibilidad del autor —sobre cuya valía como escritor y periodista no cabe comentario alguno— hacia del mosaico de vivencias un testimonio vibrante, profundo y entrañable.

Con la publicación del primer volumen del «Cancionero General 1939/71» (1), Vázquez Montalbán pone en manos del lector un material que es complemento de aquella «Crónica...».

En el «Cancionero...» se recopilan varios cientos de canciones populares, ¿por qué se acude a este material como elemento de aproximación y conocimiento de una determinada subcultura? En el prólogo se dan las razones, a las que se podría añadir las que afectan a la inquietud que nos produce el conocimiento de nuestra

propia educación sentimental, en un horno que no estaba para demasiados bollos.

Vázquez Montalbán parte del supuesto de la no gratuidad del hecho cultural: todo hecho cultural se produce en un punto de la tensión necesidad-satisfacción. En ese sentido, las piezas subculturales se convierten en rastros, huellas de la sentimentalidad, moralidad y sabiduría convencional (y gramática parda también) de una época, en índice del comportamiento de unas masas bajo determinadas circunstancias. Aparte de esta consideración, el material recopilado es susceptible (y así lo advierte el autor) de una cierta reflexión estética, en cuanto piezas de una lírica popular. Hasta 1954, y en comparación con la etapa subsiguiente, la canción popular es de una calidad estimable (no hay más que recordar «Tatuaje» [1942] o «Yo te diré» [1945] y comparar con «El telegrama» [1959] o con cualquiera de los bodrios que constituyen las versiones al castellano de los «hits» anglosajones), en la que se percibe la influencia de la lírica tradicional o de García Lorca. Se trata, en general, de una canción muy cercana y que todavía no sufre las exigencias de una producción discográfica masiva. Las canciones mantenían su éxito durante años, al no verse lastradas por la necesidad degradante del consumismo. A partir de 1954 (comienzo de la normalización neocapitalista y del consumismo) la calidad descende según se produce la penetración de los «hits» extranjeros, que las casas discográficas pretenden adecuar al mercado nacional mediante versiones en las que la instrumentación sólo atestigua la penuria musical de los jóvenes intérpretes, y las traducciones, la demencia de los letristas (pues ya me dirán de las versiones de «Honey», o de «Domanis», o de los intentos de asimilación a los aires anglosajones o franceses que representaron las letras de Manuel Alejandro o el «Vivo cantando» o tantas otras).

Con el «Cancionero General» en la mano, el sociólogo obtendrá, seguro, conclusiones. Pero, probablemente, las mejores conclusiones serían las relacionadas con

los recuerdos que propicie en el lector. Pues, a su través, se podría esbozar un qué sentido y hasta qué punto nos miente a cada uno la memoria. ■ E. CH.

Un manifiesto revolucionario

Un nuevo movimiento, la revolución ecológica, revolución ambiental o corrección ha irrumpido, tras largo período de gestación, en el panorama mundial; científicos independientes y jóvenes estudiantes son generalmente los nuevos apóstoles de un cambio total de la sociedad, que tiene por único fin garantizar la supervivencia de la especie humana y de la Tierra.

El desarrollo económico de los países según los moldes actuales —el incremento en la producción de todo tipo de bienes mercantilizables— comporta un efecto destructivo paralelo —agotamiento de recursos y envenenamiento del medio— que adquiere día a día proporciones alarmantes. Si a esto se añade la expansión demográfica, previsible por los índices de crecimiento de la población mundial, se obtiene como resultado un panorama sencillamente desolador para la Humanidad en un futuro próximo. Tal vez no exagere Alain Hervé cuando concluye (1): «Nous avons dix ans pour éviter la fin du monde».

La defensa de la Naturaleza no puede ya entenderse

como una simple conservación de los parajes naturales aún no destruidos y de algunas especies salvajes en peligro de extinción, se trata de algo mucho más vital: conservar la Humanidad. El intento de salvar los linces o urogallos se ha transformado en un intento de salvar al hombre que requiere de manera ineluctable la salvación de la Ecosfera, es decir, la de los urogallos, linces y muchas cosas más.

Los revolucionarios de la ecología han pasado a la acción; en distintos países se multiplica la aparición de monografías, tratados extensos, ensayos, panfletos, etcétera, dirigidos al ciudadano del mundo con el fin de que tome conciencia de la situación y participe como pueda en remediarla. Dentro de estas publicaciones, «Manifiesto para la supervivencia» (2) ocupa un lugar destacado. Sus autores, científicos del grupo de la revista «The Ecologist» —cuyo editor, Edward Goldsmith, encabeza—, los mismos que hicieron posible el famoso libro de symposium «Can Britain survive?», en cierto modo fuente de inspiración del Manifiesto —según se reconoce expresamente en su presentación—, plantean, a manera de introducción, una serie de puntos, distintas facetas y manifestaciones de los problemas fundamentales de la situación actual (superpoblación, agotamiento de reservas naturales, envenenamiento y destrucción del medio), que justifican la

necesidad de un cambio radical. Tras ello analizan la estrategia que podría conducir a ese cambio —verdadera y profunda transformación social—, encaminada a conseguir la «sociedad estable», cuya característica primordial sería el equilibrio entre medio ambiente y civilización —por adaptación de ésta última—, y donde no tendrían cabida los actuales esquemas socio-político-económicos. El simple hecho de que el grado de progreso y desarrollo de un país se mida en referencia a su producto nacional bruto y que dicho producto no tenga en cuenta la disminución de reservas naturales ni el grado de envenenamiento (que supone una nueva disminución de recursos) que comportan los procesos de producción, no es sino una pequeña muestra de la invalidez de los esquemas actuales para una situación de equilibrio con el medio. Finalmente, con la consideración desde distintos puntos de vista de este objetivo, concluye el manifiesto propiamente tal.

El libro incluye también una serie de apéndices dedicados a los problemas que más directamente atañen a la actual situación, que ofrecen al lector un panorama bastante amplio de los mismos, al tiempo que refuerzan lo precedente. Por último, una lista de los treinta y siete científicos británicos que han demostrado expresamente su adhesión al manifiesto, sirve de conclusión y de refrendo.

«Manifiesto para la supervivencia» es uno de los más significados y actuales textos dentro de la revolución ambiental —fenómeno social cuyo precursor acaso sea Malthus—, que ha tomado cuerpo recientemente (Ehrlich, Dorst, Saint-Marc, Nicholson, Laborit, etcétera) y que en la actualidad se encuentra en plena juventud. Muy posiblemente este movimiento revolucionario que, parafraseando a Buñuel (3), «no tenían previsto ni Marx ni Lenin» —aunque el astuto Mao debió intuir, según prueban varios aspectos de la organización china—, sea uno de los fenómenos humanos que marquen en la Historia los últimos años del siglo XX. ■ PEDRO DE ANDRES.

(1) «Le Nouvel Observateur». Número hors serie. Junio-julio, 1972.

(2) «Manifiesto para la supervivencia», de Edward Goldsmith y otros. Alianza Editorial. Madrid, 1972.



(1) Cancionero General 1939/71. M. Vázquez Montalbán. Lumen en Ediciones de Bolsillo. Número 206. 1972.

(3) TRIUNFO, número 522.